

La pesca de las navajas.

Los ríos que desembocan en las costas de Huelva forman playas de arena fina, que son su bendición y su maleficio; una llamada a la urbanización, que mordisquea las playas.

Aunque nunca consigue devorar la vida del lugar. Bajo el agua, cientos de criaturas ganan la batalla contra el oleaje y contra la acción humana: gorgonias, briozoos, algas...

Todos necesarios para que haya grandes peces, como la araña... y para que los pescadores encuentren algo que atrapar en sus nasas.

En el fondo duermen redes, cabos y trozos de metal, recuerdos de navíos naufragados, cubiertas desoladas, sin marineros, que ahora solo habitan epífitos de mil colores, corales, ascidias, gorgonias, anémonas, esponjas, peces como las doncellas y las espinosas escórporas.

El alcatraz es el arte tradicional para pescar pulpos. Algunos de esos cántaros yacen en el fondo, perdidos, o ya abandonados y sustituidos por otros más ligeros de plástico.

Y es que el auténtico tesoro del fondo del mar son sus organismos

Las navajas tienen una pie musculoso que les permite esconderse muy deprisa en la arena.

En las costas atlánticas de Andalucía, las navajas — o longuerones — apreciadas como son, han dado pie a la imaginación. En realidad para atraparlas no se necesita más que sal dentro de una botella de plástico.

La sal, al entrar en contacto con el agua se convierte en salmuera, que vertida alrededor del agujero por donde el longuerón se ha enterrado en la arena provoca la reacción del molusco. Ha detectado un cambio osmótico y su respuesta es salir y lanzar un señuelo. Si se tratara de un depredador habitual el señuelo lo despistaría.

Solo que este depredador es más fuerte que otros y le ha tendido una trampa a su presa.

Aún así, la tarea no resulta fácil. Hay que ser rápido y preciso para atrapar el preciado animal, que, de otra manera, volverá a enterrarse rápidamente. Si no fueras por esa rapidez, los longuerones, con sus frágiles valvas serían víctimas de todos los depredadores.

Y aún así, el trabajo para conseguir un puñado de navajas no es poco. Cuando ya no se encuentran longuerones a poca profundidad, los hombres cada vez bajan más y permanecen más tiempo en el agua para obtener un puñado de navajas: ese molusco que para unos es un plato exquisito y para otros representa la precaria subsistencia de la gente del mar.